

Absoluto». Y en segundo lugar la relación entre el método y las otras ciencias, es decir, su carácter de universalidad; en concreto se centra en el problema del lenguaje (p. 115), la crítica al intelectualismo, los caracteres que debe tener el método, y para terminar la Metafísica positiva a la que estos precedentes darían paso.

El cuarto y último tema será el vínculo entre teoría y praxis y entre Intuición y divinidad, misticismo: «En él se pretenderá aunar ciencia de los hechos y mística de la transformación humana» (p. 15); esta problemática se recoge en los tres últimos capítulos. En «Vida y Creación» se refleja el humanismo y optimismo bergsonianos: en esta etapa la vida parece reinar a los ojos de Bergson, todo es armonía y a la intuición en el hombre se opone el instinto animal, en una unidad armónica. En un segundo momento y como muy bien muestra el profesor Chacón en «la significación filosófica de la guerra», Alemania «la materia», entra en lucha con el espíritu, Francia, y con ella las ideas de Bergson (p. 163). El otro gran enemigo con que se va a enfrentar será la teoría de la Relatividad, que también venía a contradecir su teoría acerca del tiempo; estos dos problemas ocupan el sexto capítulo.

Finalmente el resultado de la guerra le dará la razón a Bergson, «el triunfo del espíritu sobre la materia», le confirma en su posición y le conduce, como acto final de una imaginaria «sinfonía» a la plasmación de su pensamiento en una teoría moral (p. 182): En el capítulo VII habla de una moral abierta frente a la antigua moral cerrada, estática, «mística de fusión», en la que cabría el problema de la existencia y naturaleza de Dios, y el más fundamental de la trascendencia de la inmanencia a la que por naturaleza está destinado el hombre, lo que justifica y prolonga la existencia de la Filosofía. «En cierta medida, la experiencia mística prolonga la que nos ha conducido a la doctrina del impulso vital. Todo lo que proporciona de información a la filosofía le sería devuelto por ésta confirmado» (p. 199).

Helena GIL CABALLERO

F. W. J. SCHELLING: *Sistema del idealismo trascendental*. Traducción, prólogo y notas de Jacinto Rivera de Rosales y Virginia López Domínguez. Anthropos, Barcelona 1988. 480 pp.

Por fin aparece en castellano una de las obras fundamentales no sólo de su autor, sino también de todo el idealismo y romanticismo alemanes. Esa época formidable para la cultura y la filosofía alemana y europea en general nos queda un poco más cerca; desde ahora nos podremos aproximar a ella no sólo a través de los empinados textos hegelianos o las intrincadas deducciones de Fichte, sino también por medio de este *Sistema del idealismo trascendental* de Schelling, y además con la notable ventaja a favor de este último de contar en su haber con una prosa elegante y de una claridad expositiva capaz de sortear las más intrincadas deducciones sin agobiar en exceso al lector o invitarle implícitamente al

bostezo o al abandono. Comparadas con las dificultades de acceso inicial que presenta, por ejemplo, la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, el texto de Schelling se presenta casi como transparente; de modo que sin duda podemos recomendar el estudio y la lectura de esta obra como primer contacto inicial con la grandiosa pero a menudo terriblemente oscura e intratable filosofía alemana idealista de la época. Con este libro que presentamos, se nos amplía ahora el marco de posibilidades para acceder a un conocimiento más adecuado de este filósofo, Schelling, prácticamente desconocido todavía entre nosotros, a la vez que, sugerentemente, podemos conocer mejor el clima intelectual y cultural del romanticismo alemán. Las categorías básicas que impulsaron todo ese pensamiento idealista —Yo, subjetividad, génesis, sistema, acción, naturaleza, etc.— encuentran en el *Sistema* de Schelling cabal exposición y cumplimiento, en un despliegue unitario que abarca, sin discontinuidades ni fisuras, todo el espectro de la razón, desde la filosofía teórica hasta la filosofía práctica. La lectura de la obra se ve enormemente facilitada tanto por la excelente traducción como, sobre todo, por el prólogo y notas que acompañan esta edición. Los traductores, en efecto, han escrito un prólogo donde presentan la obra insertándola tanto dentro del desarrollo intelectual de Schelling, tan proteico, como en el contexto más general de todo el idealismo alemán. En una serie de notas al texto principal y al prólogo, tan precisas como abundantes y documentadas, los traductores muestran los puntos de convergencia y de discrepancia que vinculan y separan a Schelling de Kant, Hegel, Fichte o Reinhold. El diálogo intelectual que estos autores mantuvieron tanto en su correspondencia efectiva como en sus libros publicados es así recogido, facilitando un más exacto conocimiento de los temas, inquietudes y soluciones que constituyeron el foco de interés del idealismo alemán.

El *Sistema del idealismo trascendental* se nos presenta como una historia, o quizás prehistoria, trascendental de la autoconciencia. Dado que, según Schelling, «la autoconciencia es el punto luminoso que sólo ilumina hacia adelante, no hacia atrás», se impone la tarea de recuperar reflexivamente todo ese trasfondo no pensado que la subjetividad lleva a sus espaldas como una *vis a tergo*, trasfondo que la constituye como tal, pero en la que el Yo todavía no es capaz de reconocerse. De este modo, la filosofía, como señalan los traductores, «es anamnesis, recuerdo trascendental de lo que fuimos y, con ello, explicación de lo que somos y hacia dónde caminamos» (p. 27). Como la *Fenomenología* hegeliana, el *Sistema* de Schelling, sin perjuicio de las grandes diferencias que separan ambas obras, es también la Odisea de un Espíritu que se busca a sí mismo, que vive en la promesa de una feliz reconciliación, aquí efectivamente cumplida. La autoconciencia tiene que aprender a reconocerse en aquellos objetos que, siéndole inicialmente extraños, no obstante son tan sólo producto suyo. Recuerdo y olvido constituyen, también aquí, los extremos básicos de este peregrinaje del Espíritu. Este debe conocerse a sí mismo, y este conocimiento es propiamente un recuerdo; sólo cuando el Espíritu haya reflexionado e interiorizado todas las etapas de su Odisea podrá reconocerse y recordarse en todo, y admirarse como la única realidad. Hay que cumplir, pues, la tarea del retorno, del encuentro consigo mismo, sacar a la luz aquello que ya siempre ha sido, volver a Itaca. Naturaleza e historia han de quedar integradas en este remolino, siempre inquieto, ya siempre cerrado, del retorno del Absoluto a sí mismo.

El lector que hoy se enfrenta a textos de esta clase, a esta deslumbrante gigantomaquia plena de sutilezas y potencia reflexiva, donde lo Mismo gira constante-

mente en torno a sí mismo y lo Otro sólo es el rostro de lo Mismo olvidado de sí en un espejo, el de la naturaleza, el de la historia, dicho lector quizás no puede dejar de sentir una cierta nostalgia o una cierta extrañeza ante filosofías en las que semejante reconciliación definitiva era todavía pensable con seguridad, y tomaba cuerpo en minuciosas epopeyas cuya belleza y potencia crítica, a pesar de todo, no se han marchitado quizás para nosotros, que vivimos en una época menos preocupada por los círculos tautológicos de lo Mismo, y más interesada por las aventuras de un Otro que se resiste a ser *aufgehoben* en lo Mismo; una época, en definitiva, que empieza a descreer de las Itacas, a perder la añoranza del Paraíso.

PEDRO ROJAS

GABILONDO, A., *Dilthey: vida, expresión, historia*. Ed. Cincel, Madrid 1988, 218 páginas.

Dejarnos guiar en nuestro acercamiento a un pensador por las calificaciones al uso supone, por regla general, un error de principio. La situación se agrava cuando tales calificaciones proceden de una insuficiente comprensión y apreciación de su pensamiento porque, en tal caso, el error de principio se convierte en un serio prejuicio que puede viciar nuestra lectura impidiendo recrear y aprovechar todas las posibilidades abiertas en y por el texto. Tal parece ser, desgraciadamente, el caso de Dilthey, a quien acostumbramos a considerar —no sin cierto recelo— un filósofo titubeante, siempre inconcluso e interrumpido, incapacitado para dar a su pensamiento una expresión definitiva, en quien incluso vemos un gran historiador mas no un «verdadero filósofo» o, en el mejor de los casos, a alguien que preparó un terreno del que sí supieron posesionarse pensadores con mayor fortuna. Cuestionar con toda radicalidad si tales calificaciones están o no justificadas, si alcanzan o no pueden alcanzar la «sustancia» del pensamiento de Dilthey o si tienen su origen en algo completamente otro a aquello que creen enjuiciar, es la tarea medular que alienta, internamente, el libro de Angel Gabilondo *Dilthey: vida, expresión, historia* que nos ofrece en esta ocasión la Editorial Cincel siguiendo su formato habitual.

En efecto, tanto el desarrollo como el contenido de este libro nos ofrecen la oportunidad de experimentar, paulatinamente, cómo el carácter inconcluso de los escritos de Dilthey —«escritos como cartas y no como obras»—, el permanente autocuestionamiento de su pensamiento y la imposibilidad de cumplir sus propios proyectos, no son sino el precio necesario de una compleja «veta subterránea» en la que se abre paso una nueva concepción del pensar que cuestiona el concepto mismo de filosofía y señala hacia su objeto específico, de manera que lo que en principio pudo parecer un obstáculo revela todo su atractivo y profundidad como el «privilegio de seguir dando que pensar sin quedar sujeto a un esquema definido». Dicho con otras palabras: Angel Gabilondo propone otra manera, *la manera de leer a Dilthey* en la gestación, evolución y confrontación